ENTREVISTA

El efecto principal del incremento del precio de la canasta básica es el deterioro nutricional: Felipe Torres Torres

"El deterioro del poder adquisitivo va acompañado por una concentración del ingreso. Alrededor del 10% de las familias en México reúnen más del 40% de la riqueza total generada, y el resto sobrevive apenas con dos salarios mínimos mensuales. El impacto ha sido mayor en el medio rural que en el urbano", afirmó Felipe Torres Torres, especialista en economía regional y urbana del Instituto de Investigaciones Económicas.

En entrevista con *Humanidades y Ciencias Sociales*, el investigador habló de los efectos sociales y económicos del incremento del costo de los productos de la canasta básica. Precisó que el "bajo poder adquisitivo se debe a dos cuestiones: la primera, al incremento de los precios en los productos de consumo básico; y la segunda, al estancamiento laboral y salarial causado por los decoros laborales en el gobierno y las empresas. No se ha dado un crecimiento suficiente de la economía y, por ende, los factores de desempleo han aumentado".

"Esto ha provocado, en los últimos treinta años, un deterioro de aproximadamente 60% del poder adquisitivo de la población. El ingreso de las familias ha perdido valor y, en general, se compra hoy con el mismo ingreso lo que se compraba hace treinta años. El poder adquisitivo podemos desglosarlo de muchas maneras. Una de ellas se refiere al salario mínimo, el cual prácticamente no ha crecido en términos nominales; los incrementos no han ido más allá del 4 ó 6% anual".

Felipe Torres Torres es doctor en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México; es investigador de tiempo completo del IIEC y catedrático en la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM. Además, colabora en el proyecto de investigación "Territorios en reserva: El Plan Puebla Panamá y las nuevas estrategias de desarrollo económico territorial".

Es autor de *Seguridad alimentaria: Seguridad nacional*; de los capítulos "El abasto de alimentos en la encrucijada de la globalización y el milenio", "Metodología para evaluar la seguridad alimentaria en México"; y del artículo "El siglo de la seguridad alimentaria y el Plan Puebla Panamá. Una perspectiva del desarrollo regional en el contexto de los procesos de la economía mundial", entre otros textos.

Al referirse a las medidas implementadas para controlar el deterioro adquisitivo de las familias mexicanas, Torres Torres señaló que tiende a pensarse que en la última década se ha controlado mejor la inflación, pero los empleos siguen perdiéndose y no se ha dado un crecimiento laboral en la misma proporción. "Muchas personas se han quedado sin ingresos, lo que ha llevado a ese deterioro permanente del poder adquisitivo; pero además, casi todos los productos han padecido algo que se conoce como 'alzas coyunturales de precio', condicionadas por el hecho de que los productos de la canasta básica están impactando de manera diferenciada entre las familias. Por ejemplo, entre las de mayor ingreso el costo no impacta mucho, pues no consumen tanto productos como la tortilla o el pan; sin embargo, entre las familias de menor poder adquisitivo estos alimentos pueden ser determinantes para su consumo diario. Ahí el poder adquisitivo tiene un impacto importante".

"Lo más grave de esta situación es que el deterioro del poder adquisitivo impacta en los niveles y la calidad de vida de la población. Es decir, las familias más pobres —50% de la población— tienen que sacrificar parte de su consumo de alimentos para satisfacer otras expectativas en el nivel de vida, y aun así tienen complicaciones. Por ejemplo, en la década de los sesenta una familia podía destinar la mitad de sus ingresos a la compra de alimentos; actualmente invierte más del 80%. Esto no ha mejorado la calidad de la alimentación, pero sí ha sacrificado la calidad del vestido, la vivienda, los niveles educativos, la salud o los momentos de recreación y esparcimiento".

Una de las áreas en las que más se ha visto reflejado este deterioro, es en el incremento del costo los productos de la canasta básica. ¿En qué porcentaje se ha dado esta alza en los últimos dos años y cómo afecta el reciente aumento?

—A partir de la década de los setenta el principal indicador de este deterioro ha sido la pobreza, que se ha incrementado de forma permanente. Por mucho que se diga que hace dos o tres años se agudizaron los niveles —según los cálculos que se establezcan o ponderen—, actualmente afecta a 30, 40 y hasta 70 millones de mexicanos, dependiendo de las formas de cálculo y de los indicadores empleados para la medición. Lo cierto es que de todas estas variables, la alimentación es básica para medirla; el deterioro alimentario y nutricional son fundamentales cuando se calculan los niveles de pobreza.

Lo que sí se acepta en lo general, incluso el gobierno lo ha hecho, es que tenemos alrededor de 40 millones de pobres en diferentes grados: desde libres de pobreza hasta pobreza extrema o moderada, y son el principal indicador. Ahora, ¿qué representan estas cifras en términos de canasta básica?

Actualmente no tenemos una canasta básica de referencia, la tuvimos en la década de los setenta y los ochenta, pero después se perdió porque se renovaron los programas nutricionales, de apoyo al campo. Al tomar normativamente lo que es una canasta básica que incluye todos los grupos alimenticios —vitaminas, minerales, proteínas, etcétera—, contenidos en la tortilla, la carne, el huevo, la leche, la verdura, el pescado, las frutas, entre otros

productos, el costo era de dos a tres salarios mínimos reales hace unas décadas; pero hoy en día es de 3.5 salarios mínimos.

De acuerdo con cifras del INEGI, los segmentos de población mayoritarios —el 60% de la población trabajadora— no ganan más de dos salarios mínimos. Es decir, a más de la mitad de la población no le es posible consumir siquiera la mitad de los componentes de la canasta básica, por lo que han tenido que cambiar de estrategias de supervivencia.

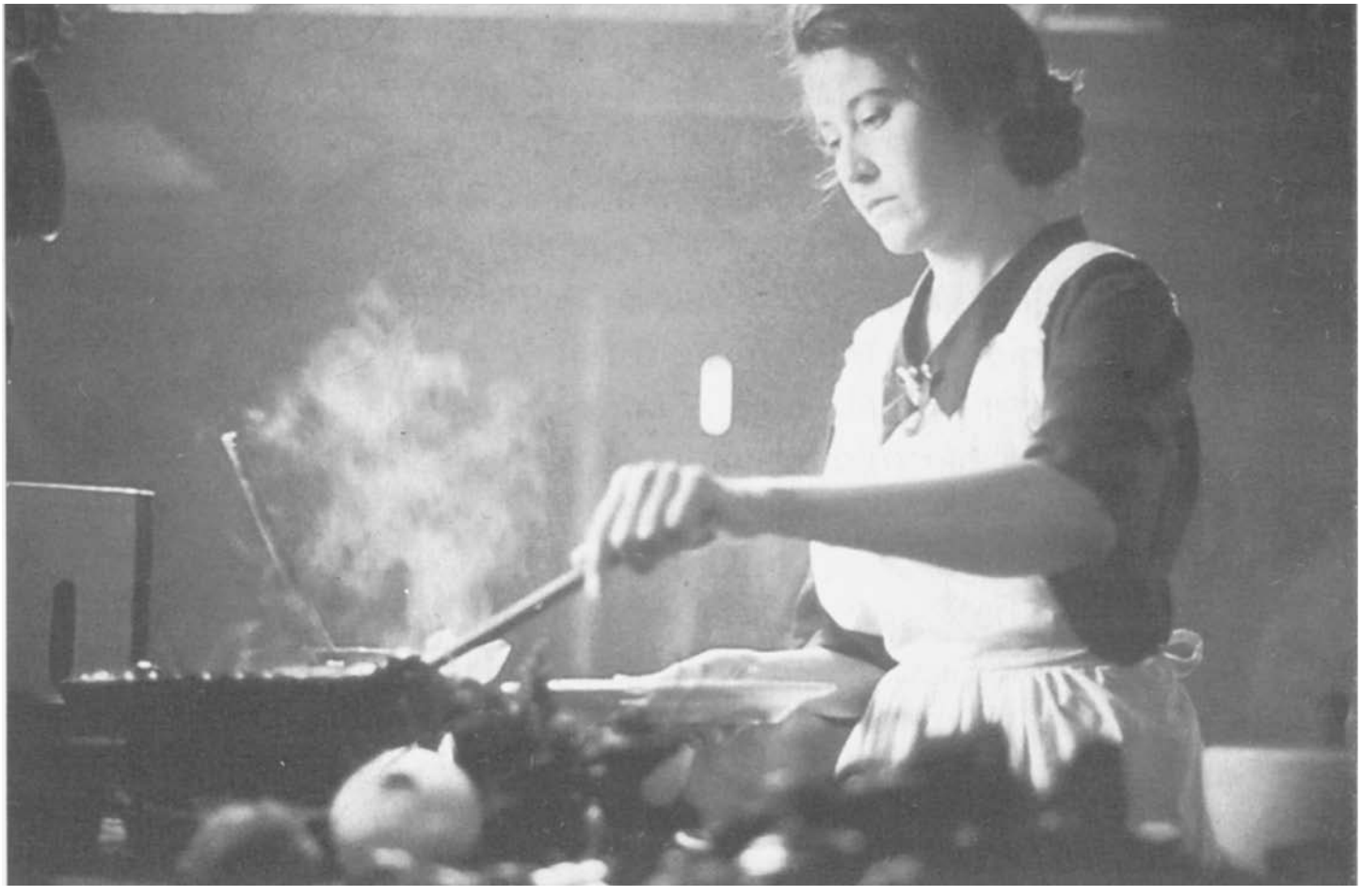
Los programas de asistencia social del gobierno federal son muy reducidos en cuanto a población, por lo que las familias han tenido que sacrificar el componente del consumo. En los últimos tres años, los niveles de consumo de tortilla bajaron cerca del 10% en términos de consumo per cápita. Si antes era de 110 kilos, hoy llega a poco menos de 100. Lo mismo ocurre con el frijol.

¿De qué manera repercute en la economía familiar?

—Hay un deterioro alimentario en términos de consumo, pues el ingreso de las familias no alcanza ni para comer. Esto se ve reflejado en el consumo del huevo, por ejemplo, que ha tenido un impacto importante en casi todos los segmentos sociales porque es un producto de bajo costo. La población ha tenido que sustituir, por cuestiones económicas, las proteínas animales contenidas en la carne, por otras de menor calidad, como la salchicha o el chorizo.

El consumo de verduras y frutas —pese a ser de menor costo— tiene incrementos de precio importantes en términos coyunturales. Productos convencionalmente populares, como el jitomate, el aguacate, la cebolla, el chile y la calabaza, han tenido que bajar en términos de consumo real. Podría decirse que el efecto principal del incremento del precio de la canasta básica es el deterioro nutricional, el cual repercute principalmente en el rendimiento, la competitividad para el trabajo y en el desarrollo de los niños de cualquier familia.

Además, hay una distorsión de la misma canasta básica, porque los niveles de consumo de colesterol se han incrementado debido a que las familias, sobre todo las que comen fuera, sostienen una dieta compuesta por tamales, tortas, tacos de vísceras, entre otros productos que no les aportan nutrientes. De tal manera que somos el segundo país en el mundo con el mayor número de obesos, debido a excesos en el consumo y no por desequilibrios en el mismo. Una persona cuyo único alimento en el día es una torta de tamal, obviamente aumentará de peso, es un



consumo de carbohidratos acumulados; y si la acompaña con un refresco, engordará más.

Ésta es la situación en las familias más pobres, las cuales no alcanzan a satisfacer un buen nivel de consumo. La canasta básica es un indicador de buena nutrición, pero la realidad económica es otra, y sus efectos en los niveles de pobreza se relacionan también con el deterioro del poder adquisitivo y las condiciones sociales de la población.

¿De qué forma deben reorientarse las políticas económicas implementadas históricamente para disminuir esta problemática?

—En primer lugar deben ser menos severas para no excluir a la población del desarrollo. Tienen que recuperar dos cosas principalmente: los niveles de empleo y los de ingreso. Ésta es la condición básica, porque el país necesita por lo menos un millón de empleos anuales para solventar los rezagos acumulados e incorporar a la población nueva al mercado de trabajo. Hoy en día no se han generado más de 500,000 empleos; existe un rezago histórico acumulado que tiene un impacto permanente en toda la estructura de la economía nacional.

Lo primero es crear economías flexibles que incrementen los niveles de empleo; lo segundo, restituir el ingreso. Es decir, recuperar la capacidad salarial de la población, ya sea a través del salario mínimo, de los salarios contractuales o de cualquier otra vía, pero tienen que existir esas divisas. El tercer factor que debe considerarse es que abarque toda la población, ya que con el avance de la globalización, de la modernización y de la incorporación tecnológica, la ocupación tiende a ser cada vez más restrictiva y debe ser abierta.

En este momento entran a los mercados de trabajo los más calificados, y no hay oportunidad para los demás; cuando éstas tienen oportunidad de ingresar, el empleo es de mala calidad, volátil y temporal. Por ejemplo, en los autoservicios hay personas que ganan 1,000 pesos a la quincena. No existen políticas que equilibren el empleo con el ingreso. Hay gente que trabaja mucho y gana poco. Esta población no tiene capacidad de compra, por ello es necesario que exista una política de reactivación de la economía a través del mejoramiento de los niveles de consumo.

Estas políticas tienen que aplicarse en todos los sectores, no sólo en éste. Por ejemplo, el campo se abandonó porque se descapitalizó, no mejoraban los niveles de precios agrícolas y no se le daba otro tipo de expectativas a la población en el medio rural. Por tanto, esa política diferenciada en términos sectoriales debe contemplar, entre otras cosas, un desarrollo del campo. No puede ser la sola actividad agrícola; se tiene que complementar con otras actividades económicas al interior, que le permitan ser factor de impulso del desarrollo para mejorar la producción de alimentos y las condiciones de vida de la población del campo. Que mejoren los niveles de consumo en términos de mercado y que sobre esa base haya una contención de los efectos migratorios, sobre todo a Estados Unidos.

Las políticas económicas que se instrumenten tienen que generalizarse para que así se puedan reactivar otras esferas de la economía. La economía mexicana, en los últimos años, ha estado más orientada al sector servicios y debe diversificarse más, apostar menos a los ingresos petroleros porque tienen un límite y un tiempo.

¿Hasta dónde podrán resistir las familias el encarecimiento de los productos con los precarios salarios que reciben?

—Yo creo que el límite ya llegó. Ya no se puede resistir más. Las familias han tenido que buscar alternativas de supervivencia: el empleo informal, las actividades ilícitas o la

migración. Ésos son los tres principales soportes de la economía, e incluso de la restricción de los niveles de consumo. Los empleos formales no han crecido. Los factores de generación de pobreza siguen presentes; no cambian en ningún sentido, siguen manifestándose.

El límite ya llegó; lo que tendría que hacerse es ver por dónde podría desbordarse. Existen muchas formas; una de ellas es que la economía ya no creciera, que se quedara en depresión real y no tuviera ninguna salida. O bien que la inseguridad fuera de tales dimensiones que ya no se pudiera vivir prácticamente en las ciudades y en el medio rural. Otra sería que cerraran la frontera con Estados Unidos.

Esos factores en conjunto podrían estar marcando los límites. Por ejemplo, en el caso de la guerra de Independencia el límite fue que ya no había maíz, ése fue el detonante. No es la generación del movimiento, pero sí fue un factor que lo impulsó de manera muy decidida. En la Revolución de 1910 fue lo mismo, por eso el lema de tierra y libertad; porque la tierra estaba separada y con muchos problemas en la producción de alimentos. De hecho, la

posesión de la tierra y los hacinamientos de los peones en las haciendas, que eran los límites, no pudieron soportarse más.

Actualmente, ¿cuáles son los límites? El que se incrementaran los niveles de pobreza, una tasa de desempleo abierto de más del 10%, que cerrara absolutamente la frontera con Estados Unidos, que no hubiera diversificación económica o que Estados Unidos cayera en una recesión —la economía mexicana depende de la estadounidense en más del 80%—, podrían ser algunos de los límites.

Otro factor es la seguridad nacional. Éste es un detonante de gran importancia, y estamos hablando de seguridad pública, social, en los hogares, de todo tipo. Son focos rojos que están todos prendidos al mismo tiempo, pero que no se han desbordado.

¿Cuál es el panorama para este sexenio? ¿Qué podemos esperar?

—Desde los ochenta me parece que ha sido un error marcar periodos por sexenios, porque la política económica ya no es sexenal: ha sido el mismo modelo. No existe ninguna diferenciación entre el sexenio de De la Madrid y el de Felipe Calderón; es exactamente la misma política económica que imponen el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y todos los organismos internacionales que obligan a México a adoptar un modelo socialmente restrictivo y en lo que respecta a la economía y la soberanía nacional. Digo esto porque ya nos han impuesto un control de la inflación, una disminución del gasto público, que ha reducido también el crecimiento y el empleo. Hemos vendido prácticamente todo, ya sólo queda PEMEX.

Yo no esperaría nada en términos de mejoramiento, pero sí de empeoramiento. En el primer año del sexenio de Felipe Calderón —que se automanifiesta como "el presidente del empleo"— se perdieron 700,000 empleos. La misma Secretaría de Hacienda y el Banco de México han dicho que las expectativas de crecimiento se redujeron de 3.8 a 3.5, y ya anunciaron que descenderán de 3.2 a 2.8. El panorama no es nada positivo.

Las negociaciones de la política migratoria tampoco son muy favorables, particularmente porque se asocian con el problema de la recesión de Estados Unidos. Además, tenemos la construcción del muro, y eso pareciera que es poca cosa, pero se estima que cada año emigran entre 400 y 500,000 personas hacia ese país. Si esa gente se quedara en México, el efecto sobre la economía nacional sería peor. El problema ahora es que no sólo no los dejan pasar, sino que los están regresando discrecionalmente.

Tenemos igualmente un problema agudo en el campo; no existe ni la capacidad política para resolverlo, ni la consideración económica para hacerlo. Es cierto que se incrementó el monto de apoyo al campo, pero no dentro de una política de fomento a la actividad agrícola y de arraigo a la población del medio rural. En términos electorales hay cambios, pero el modelo económico es el mismo. Los intereses político-económicos no han variado desde hace treinta años, nos mantienen en una crisis permanente respecto de las expectativas sociales.